



Aviso Legal

Artículo de divulgación

Título de la obra: Juan Larrea, León Felipe y el cincuentenario de Cuadernos Americanos

Autor: Finisterre, Alejandro

Forma sugerida de citar: Finisterre, A. (1992). Juan Larrea, León Felipe y el cincuentenario de Cuadernos Americanos. *Cuadernos Americanos*, 5(35), 119-133.

Publicado en la revista: *Cuadernos Americanos*

Datos de la revista:

ISSN: 0185-156X

Nueva Época, año VI, núm. 35, (septiembre - octubre de 1992).

Los derechos patrimoniales del artículo pertenecen a la Universidad Nacional Autónoma de México. Excepto dónde se indique lo contrario, éste artículo en su versión digital está bajo una licencia Creative Commons Atribución-No comercial-Sin derivados 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0 Internacional).

<https://creativecommons.org/licences/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>



D.R. © 2021 Universidad Nacional Autónoma de México. Ciudad Universitaria, Alcaldía Coyoacán, C. P. 04510, México, Ciudad de México.

Centro de Investigación sobre América Latina y el Caribe Piso 8 Torre II de Humanidades, Ciudad Universitaria, C.P. 04510, Ciudad de México. <https://cialc.unam.mx/>
Correo electrónico: betan@unam.mx

Con la licencia:



Usted es libre de:

- ✓ Compartir: copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato.

Bajo los siguientes términos:

- ✓ Atribución: usted debe dar crédito de manera adecuada, brindar un enlace a la licencia, e indicar si se han realizado cambios. Puede hacerlo en cualquier forma razonable, pero no de forma tal que sugiera que usted o su uso tienen el apoyo de la licenciante.
- ✓ No comercial: usted no puede hacer uso del material con propósitos comerciales.
- ✓ Sin derivados: si remezcla, transforma o crea a partir del material con propósitos comerciales.

Esto es un resumen fácilmente legible del texto legal de la licencia completa disponible en:

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>

En los casos que sea usada la presente obra, deben respetarse los términos especificados en esta licencia.

JUAN LARREA, LEÓN FELIPE Y EL CINCUENTENARIO DE *CUADERNOS AMERICANOS*

Por Alejandro FINISTERRE
EDITOR ESPAÑOL

EN EL PRIMER NÚMERO de *Cuadernos Americanos* se declara: "En los actuales días críticos un grupo de intelectuales mexicanos y españoles, resueltos a enfrentarse con los problemas que plantea la continuidad de la cultura, se ha sentido obligado a publicar *Cuadernos Americanos*, revista bimestral dividida en cuatro secciones tituladas: Nuestro tiempo, Aventura del pensamiento, Presencia del pasado y Dimensión imaginaria".

Cuadernos Americanos —esta "prolongación transfigurada de *España Peregrina*", como escribió Juan Larrea— vio la luz el 10. de enero de 1942 en México.

Cuando en 1977 hizo quien esto escribe la edición facsimilar de la revista *España Peregrina*, Jesús Silva Herzog, director y mantenedor durante más de cuarenta años de *Cuadernos Americanos*, en una carta que me remitió y que conservo, escribió: "Siempre he dicho cuando ha venido a cuento que *Cuadernos Americanos* es en cierta medida herencia de la revista *España Peregrina* creada por varios distinguidos intelectuales españoles asilados en México, al huir del fascismo instaurado por Franco en España con la ayuda de Hitler y Mussolini".

En el prólogo de la antes citada edición facsimilar de *España Peregrina*,¹ órgano de la Junta de Cultura Española, Ramón Xirau recuerda que el 13 de marzo de 1939, pocos días antes de la caída de Madrid, se fundó en París esta Junta presidida por José Bergamín, Josep Carner y Juan Larrea; fueron sus miembros Juan M. Aguilar, Roberto F. Balbuena, Corpus Barga, Carrasco Garrorena, Gallegos Rocafull, Rodolfo Halffter, Emilio Herrera, Manuel Márquez,

¹ Edición de Alejandro Finisterre, México, 1977.

Agustín Millares Carlo, Tomás Navarro Tomás, Isabel de Palencia, Pablo Picasso, Augusto Pi Suñer, Enrique Rieja, Luis Santullano, Ricardo Vinós, Joaquín Xirau, y su secretario: Eugenio Ímaz. ‘‘En pocas palabras —continúa recordando Ramón Xirau— estos nombres representaban, y representaban a gran altura, las artes, las ciencias, las letras y el periodismo españoles en el destierro’’. La Junta, por otra parte, excedía con mucho estos nombres. En el artículo VI de sus estatutos leemos: ‘‘La Junta de Cultura Española se considera integrada por aquellos españoles en los que concurre la doble calidad: de estar desterrados y de ser creadores o mantenedores de la cultura española’’. Así, y *de hecho*, pasaban a ser miembros de esta agrupación intelectual todos los españoles exiliados: de Rafael Alberti a Emilio Prados, de los doctores Puche o Mira, a los pintores Gaya o Renau. Todos ellos implícitamente y a veces explícitamente presididos por dos españoles de aquel ‘‘tercer mundo’’ que Juan Ramón Jiménez describió como el mundo de los muertos —me refiero a Antonio Machado y a Federico García Lorca y, naturalmente, por el mismo Juan Ramón y por Guillén y por Salinas.

Había salido de España lo mejor de su mundo intelectual. Esta España se había convertido en ‘‘España Peregrina’’: es decir, una España que no olvidaba su pasado recientemente trágico —España cínicamente, cruelmente entregada a las fuerzas del odio—, pero que, al mismo tiempo quería proseguir, como prosiguió, su labor profundamente humanista: su labor de hacer llegar a otras tierras su aliento y su vigor intelectual.

En el prefacio de los índices de 1942-1952 de *Cuadernos Americanos*, Jesús Silva Herzog, después de comentar que ‘‘la revista nació al calor de tres conversaciones de sobremesa entre los poetas Juan Larrea, León Felipe, Bernardo Ortiz de Montellano y el que esto escribe’’ (Silva Herzog), concluye:

Acto de justicia es recordar la participación de Juan Larrea en la dirección de la revista, desde el primer número (enero-febrero de 1942) hasta el de septiembre-octubre de 1949. Él fue quien ideó la forma de presentación, las características ondas evocadoras del mar en movimiento, la división en secciones y los rubros sugerentes de las mismas. *Cuadernos Americanos* es mucho lo que debe al poeta y escritor español.

En el breve prefacio no cupo extenderse más en este *mucho* que para *Cuadernos Americanos* significó la aportación de Juan Larrea, como la de León Felipe, en primer plano, y la de todos los eminentes intelectuales y artistas españoles transterrados que —sobre todo

en los primeros lustros de vida y desarrollo de la revista, definitivos para cualquier publicación periódica— contribuyeron con sus prestigiadas y desinteresadas firmas a echar a andar y a afianzarse *Cuadernos Americanos* en la atención y el interés de los más exigentes y despiertos lectores de las Américas y de Europa. Recordemos algunos nombres: Rafael Altamira, Claudio Sánchez Albornoz, María Zambrano, Margarita Nelken, Américo Castro, José Gaos, Juan David García-Bacca, Juan Ramón Jiménez, Ramón Sender, Max Aub, Luis Cernuda, Manuel Altolaguirre, Guillermo de Torre, Enrique Díez-Canedo, José Ferrater Mora, Pedro Salinas, Rafael Alberti, José Moreno Villa, Agustín Millares Carlo, Luis Recaséns Siches, Joaquín y Ramón Xirau, Pedro Bosch Gimpera, Mariano Ruiz-Funes, Wencslao Roces, Antonio Ramos-Oliveira, Eduardo Nicol, Segundo Serrano Poncela, Juan Comas, Emilio Prados, Francisco Ayala, Luis Abad Carretero, Aurora de Albornoz, Julio Álvarez del Vayo, Aurora Arnáiz, Jesús Bal y Gay, José Rubia Barcia, Agustí Bartra, Juan Ramón Arana, Carlos Blanco Aguinaga, Eduardo Blanco Amor, Blas Cabrera, Juan Cuatrecasas, Álvaro Custodio, Ernesto Guerra Da Cal, Juan José Domenchina, Juan de la Encina, Jesús de Galíndez, José Almeina, Francisco García Lorca, Juan Gil-Albert, Francisco Giner de los Ríos, Francisco Giral, Jorge Guillén, Eugenio Ímaz, Benjamín Jarnés, Luis Jiménez de Asúa, Gonzalo Lafora, Vicente Lloréns, José Ignacio Mantecón, Juan Marichal, Manuel Márquez, José Medina Echavarría, José Miquel i Vergés, Luis Nicolau d'Olwer, Indalecio Prieto, Lino Novás Calvo, B. F. Osorio Tafall, José Puche, José María Quiroga Plá, Juan Rejano, Fernando de los Ríos, Adolfo Salazar, Esteban Salazar Chapela, Adolfo Sánchez Vázquez, Luis Suárez, José Santaló, Luis Santullano, Ángel Palerm, Víctor Alba, Tomás Segovia, Germán Somolinos, Daniel Tapia, Florentino Torner, Manuel Tuñón de Lara, Josep Carner, Eduardo Zamacois, Alejandro Casona, etcétera, sin olvidar a los españoles 'del interior', que ya en marcha *Cuadernos Americanos* iniciaron su colaboración y diálogo: Vicente Aleixandre, José Ortega y Gasset, Blas de Otero, Gabriel Celaya, Ángela Figuera Aymerich, Carmen Conde, José Ángel Valente, Salvador Espriú, Manuel Lamana, Alberto Gil Novales, Modesto Seara Vázquez, José Luis Abellán, Jaime Gil de Biedma, Claudio Rodríguez, Ángel González, José Agustín y Juan Goytisolo, Manuel Ortuño, Enrique Ruiz García, Juan Antonio Gaya Nuño, Francisco Fernández Santos, José Luis Cano y tantos otros.

Y recordemos también que de los once miembros que constituyeron la Junta de Gobierno fundacional de *Cuadernos Americanos*,

cinco eran españoles, entre ellos un ex rector de la Universidad de Barcelona, Pedro Bosch Gimpera, y un ex decano de ciencias de la Universidad de Madrid, Manuel Márquez.

Es de justicia reconocer a Jesús Silva Herzog el enorme mérito de lograr sostener la publicación ininterrumpida de *Cuadernos Americanos* durante más de cuatro décadas, ‘soñando en la unión y la grandeza de los pueblos latinoamericanos y luchando sin tregua por su realización’, proclamando que ‘‘lo humano es el problema esencial y que el ideal estriba en la implantación de la justicia económica, el goce de libertad y la paz para todos los hombres sin distinción de razas ni de creencias’’. Por ello, ha merecido y logrado el aplauso y la admiración de las mentes y las plumas más lúcidas y honradas de nuestro idioma.

Pero no sería justo olvidar al conmemorar el cincuentenario de *Cuadernos Americanos* que su antorcha la encendió Juan Larrea, eficientemente secundado, es verdad, por León Felipe, Jesús Silva Herzog y Bernardo Ortiz de Montellano. Y sería muy injusto no recordar que de las primeras singladuras, las más duras para cualquier empresa de este género, el timón lo llevó Juan Larrea, hasta que después de ocho años de lucha, ya bien lanzada y acreditada la revista y aseguradas las mejores colaboraciones de todo el mundo hispánico, tomó la dirección efectiva de *Cuadernos Americanos* Jesús Silva Herzog (la dirección nominal la tuvo desde el principio, pues Juan Larrea se avino a figurar como ‘‘secretario’’ de la revista). Como es sabido, el primer acuerdo entre los cuatro fundadores fue que la revista tuviese dos directores: uno español, Juan Larrea, y otro mexicano, Bernardo Ortiz de Montellano, y que Jesús Silva Herzog actuase como Administrador Gerente. Pero más tarde, como recuerda Juan Larrea en el epílogo a la edición facsimilar ya citada de *España Peregrina*:

En vista de que los españoles sólo podíamos contribuir con una cantidad más bien simbólica al financiamiento de la nueva publicación, siendo por ello muy de temer que, tal como la habíamos organizado, se nos entrase en agonía a los pocos números, quien esto escribe había juzgado desde varios meses antes que, para su continuidad, era imprescindible que un mexicano con entusiasmo y posibilidades se identificase con su existencia. En otras palabras, convenía a mi parecer que, tal como estaban las cosas, Don Jesús Silva Herzog fuese su Director visible y nosotros, Bernardo y yo, codirectores adjuntos, secretarios o jefes de redacción, según se prefiriese. Pero como Bernardo se negó a aceptar otro título y cargo que no fuese el de Director mexicano, yo me decidí a recomendar el cambio proponiendo a Don Jesús como Director y a asumir

con sus múltiples responsabilidades y peligros las incumbencias amplísimas de una secretaría obligada a resolverlo absolutamente todo.

De estas iniciales difíciles singladuras habla Juan Larrea en extensa carta escrita desde Nueva York el 10. de julio de 1950, en contestación a una que Jesús Silva Herzog le remitiera invitándolo a ello. He aquí algunos fragmentos:

Me he retrasado bastante en corresponder a su última carta entre otras razones por haber estado resistiéndome a hablarle con la entera franqueza que me pedía acerca de la marcha de *Cuadernos Americanos*. Es mucho lo que esto implica. Pero de nada ha valido resistirme. He terminado por ver que debía aprovechar la oportunidad que me brindaba usted para circunstanciar cosas que no carecen de importancia, sobre todo en estos momentos de grave crisis internacional. Voy a hacerlo, pues, con sinceridad y con la buena disposición de siempre.

Como ya le escribí en otra ocasión, no faltan razones para considerarme a mí, la "madre" de *Cuadernos*... Supongo que no tendrá usted reparo en reconocerme, inter nos, dicha "maternidad". Mas por si existiera en usted alguna duda, no sea que también con el tiempo se le haya esfumado algún detalle de interés, voy a imponerme la tarea de hacer memoria y exponer las etapas de la creación de *Cuadernos*, con el ruego de que si se me hubiera trascordado algún incidente significativo o hubiera incurrido en alguna inexactitud, que de antemano deploro, tenga usted la bondad de excusarme, ilustrarme y corregirme.

Pero antes quiero dejar constancia de que emprendo este trabajo no por interés particular, sino porque la existencia de *Cuadernos* justifica algo que, en función del futuro, considero importante para la emigración española a quien conviene que ciertas cosas no se desnaturalicen. Si intervine en su nacimiento y desarrollo con la vehemencia que desplegué y sin mirar sacrificios, no fue, lo sabe usted bien, por razones de índole personal. Me sentía investido por la responsabilidad que, a través de la Junta de Cultura emigrada, me incumbía de salvar en la medida de mis posibilidades el espíritu del sacrificado pueblo republicano español. Estimo que sería traicionar el espíritu de esa emigración si ahora que contra mis deseos tuve que dejar la secretaría de *Cuadernos*, coopera con mi silencio a privarla, como parece ser cada vez más clara la inclinación, de uno de los títulos que pueden compensar otras creencias.

No me lleve a mal que, con ese propósito, me retrotraiga en mis recuerdos hasta el mes de marzo de 1939, dos años antes de conocerle a usted. El día 13 de ese mes, cuando Barcelona había caído pero Madrid permanecía firme, se constituyó en París, a mi iniciativa, la Junta de Cultura Española con la mira de encauzar la emigración de los intelectuales hacia América, sostener

su espíritu y dotarles de medios para ganar aquí espiritualmente las batallas que en el territorio nacional se habían perdido materialmente. Salió ya entonces a relucir a grandes rasgos el sistema poético de ideas que muchas veces me ha oído usted exponer después acerca de América y de España. También por iniciativa mía la Junta de Cultura entró desde el primer día en comunicación con la Legación de México que consideró su existencia digna de interés y protección. Como consecuencia, y llevando adelante nuestros planes, la mayor parte de la Junta que ya había comenzado a publicar un modestísimo boletín, partió a primeros de mayo para México, después de adquirir el compromiso de publicar aquí dos revistas a ser posible, una para el gran público y otra para los medios superiores, que enfocara los problemas culturales hondamente. Yo me quedé en París como correspondía a mi cargo para seguir apretando las tuercas duras. Pero declarada la guerra mundial y concluida la emigración, sonó también para mí la hora del embarque. Al llegar a México a fines de noviembre del 39, me encontré con que la Junta no había dado ningún paso para cumplir su compromiso tocante a las revistas y con que me había nombrado presidente (lo éramos tres). Me eché enseguida encima la tarea de subsanar aquella ineficiencia publicitaria. Así apareció al poco aquel órgano de la Junta de Cultura Española que se llamó *España Peregrina*, muy modesto en la forma pero muy ambicioso allá en el fondo. Si abrigaba la esperanza confesada de llegar a ser algún día la revista más importante de habla española, es porque tenía conciencia de lo trascendental de los valores que la patrocinaban y de su condición de simiente.

No tardaron demasiado en complicarse las cosas. *España Peregrina* se vio obligada a interrumpir al noveno número su publicación aunque con el ánimo de reanudarla enseguida. La Junta de Cultura, privada de recursos, tuvo que traspasar sus locales de la Calle de Dinamarca. Me tocó personalmente sufrir las inclemencias del naufragio, identificándome con los ideales que a la Junta animaban, fuera lo catastrófico que fuera su inmediato destino. Para darse cuenta de que no estoy hablando de cosas ajenas a *Cuadernos Americanos*, le basta a usted mirar en torno suyo. En la habitación que ocupa usted actualmente como director de *Cuadernos*, se encuentra usted rodeado de aquellos mismos muebles de que estaba rodeado yo en *España Peregrina*, por las mismas estanterías, por los mismos libros. La secretaria de *Cuadernos* usa los muebles de *España Peregrina* y sus útiles de oficina, se sirve de la misma máquina en que se escribieron algunos originales y facturas del órgano literario de la Junta de Cultura Española. Y está usted apoyando, siquiera en parte, aunque tal vez sin darse entera cuenta, el mismo ideal que reinaba allí. Porque en aquel recinto se hablaba de dos cosas principalmente: de la reanudación de *España Peregrina*, en primer lugar, y, en segundo, de su deseable e inevitable transformación en una revista mexicano-española, de carácter continental, más apta instrumentalmente para defender y propagar los conceptos humanos que nos incandescían. León Felipe, amigo de las causas aparentemente perdidas, era entonces, aunque no el único, sí, con mucho, mi interlocutor más asiduo. Imaz Balbuena, Xirau, Márquez, Millares,

Vinós, Carrasco, Carner y otros miembros de la Junta acudían más de cuando en cuando. Luego, no temió frecuentar nuestro escondrijo Bernardo Ortiz de Montellano, atraído por las ideas y proyectos que me había oído sostener con exaltación. Su interés por *España Peregrina* era tibio, naturalmente. Pero sabía que esta revista que intentábamos poner a flote sólo era un primer paso hacia la consecución de muy altos ideales americanos que oía proponer con firmeza, en virtud de la publicación de esa segunda revista a que me he referido, cuyo advenimiento, basando mi intuición en la marcha de ciertos valores, daba yo por seguro. De ella hablábamos con frecuencia. Siempre que entonces preguntaba yo a Bernardo, que a la sazón trabajaba cerca de usted en la secretaría de su negociado de Estudios Económicos, sobre qué personas de su conocimiento podía ayudarnos a conseguir anuncios para *España Peregrina*, me respondía: Jesús Silva Herzog. A la pregunta de qué mexicanos, a su juicio, podrían apoyar los valores que nos desvelaban, respondía igualmente: tal vez, Silva Herzog.

A esta época heroica se refería Ortiz de Montellano en el último artículo del "Diario de mis sueños" que se publicó en *Cuadernos*, aquella frase que a su susceptibilidad de usted le pareció chocante y que tuve que pedir que modificara, al hablar del suceso ocurrido "cuando con Larrea y León Felipe fundamos —decía— *Cuadernos Americanos*". Sin embargo, según lo comentamos Bernardo y yo entonces y más tarde cuando le vi en su casa por última vez, no era inexacta la redacción de Bernardo por cuanto se refería a una época anterior a su entrada de usted en escena. Naturalmente, la revista de que entonces tratábamos no se llamaba *Cuadernos Americanos*, puesto que carecía de título, como siguió careciendo muchos meses después de que hablamos de ella con usted, pero sí era el embrión de *Cuadernos Americanos*, puesto que tenía sus caracteres constitutivos: revista general, creadora de valores, de carácter sentimental, entre mexicanos y españoles, apuntada a la suscitación de un nuevo humanismo, etcétera, etcétera.

Por fin, a nuestro requerimiento, Bernardo nos llevó a León Felipe y a mí donde usted con el propósito inmediato de recabar su ayuda a fin de conseguir algún anuncio para *España Peregrina*, y el mediato de establecer relaciones con usted de manera que pudiéramos quizá intentar algún día interesarle en más ambiciosas empresas. Usted nos acogió en su despachito de Estudios Económicos con suma cortesía y afabilidad. Ello ocurrió a fines de marzo de 1941 (tengo la fecha exacta pero no a la mano). Alentó vivamente nuestras esperanzas de conseguir los tres o cuatro anuncios que necesitábamos para poder seguir publicando *España Peregrina*. Y con objeto de tratar más ampliamente acerca de la cuestión, tuvo usted la gentileza de invitarnos a almorzar. En ese ágape —tal vez no sea impropio llamarlo así— entró usted en contacto con el mundo de valores que nos animaba, aunque nuestra primera exposición fuera todo lo circumspecta que las circunstancias pedían. Se habló de la necesidad perentoria, desde el punto de vista espiritual, de que siguiera apareciendo el órgano de la Junta de Cultura, que defendía una posición importante para

el sentido de la tragedia española y para la cultura de nuestra lengua. Es decir, se le expuso a usted la primera parte de nuestro proyecto, mas no sin hacer referencia a la segunda. "Hasta que —recuerdo haber dicho en el curso de la conversación— Hispanoamérica, a través de México que es su adelantado, se decida a aprovechar la estancia de los intelectuales españoles aquí para poner en marcha la revista que no tiene más remedio que editarse ahora que Europa está callada por la guerra y España entre las garras de Franco", etcétera. No fue usted insensible a esta sugestión que, por lo que le he oído decir posteriormente, coincidía con deseos suyos anteriores de interesarse en la publicación de una revista, aunque no del mismo carácter. Recuerdo también poco más o menos sus palabras: "¿Creen ustedes entonces que se debe fundar en México una revista entre mexicanos y españoles para tratar de los problemas de alta cultura?". Claro que sí, insistí yo, insinuando comedidamente a continuación algunos de los puntos de vista que veníamos barajando. Convínimos al fin de nuestra charla volver a reunirnos con objeto de que usted nos comunicara el resultado de sus gestiones relativas a los anuncios y para seguir conversando acerca de la otra posibilidad.

En la reunión subsiguiente, se mostró usted inclinado a, como dicen los franceses, *brûler les étapes*. Propuso usted dejar por el momento a un lado *España Peregrina* para tratar de la otra revista más importante en que el espíritu de aquella se infundiera. Aunque no compartiera usted alguna de nuestras ideas espirituales, que chocaban con sus conceptos materiales, le sonaban a buena música. Nos dijo usted que por su conocimiento de las costumbres de los medios económicos mexicanos y de su eficacia para enfocar las cuestiones de orden práctico, se sentía capaz de ayudar financieramente al sostenimiento de una revista como la que imaginábamos, sin desechar la esperanza de que quizá pudiera usted alguna vez publicar algún artículo. Seguimos cambiando ideas y quedamos en que usted pensaría más detenidamente sobre el particular y que volveríamos a reunirnos.

En esta tercera comida apareció usted decidido. Lograría, bien sea acudiendo al entonces presidente, Don Manuel Ávila Camacho, o bien de otro modo, resolver el aspecto crematístico. Como ya lo habíamos conversado la vez anterior, literariamente la revista estaría dirigida por dos personas: un mexicano, Bernardo Ortiz de Montellano, y un español: Juan Larrea. A usted le incumbiría el papel de organizador material, de gerente administrativo. Este proyecto que acataba la procedencia del impulso y sus caracteres básicos, estuvo en vigencia entre nosotros durante no poco tiempo. Pronto se cambió de ideas en lo que se refiere al modo de lograr los apoyos económicos. Pensó usted que para la independencia de la revista más valía renunciar a los subsidios oficiales y buscar la ayuda privada. Tomamos la decisión, usted de "sablear" a sus amigos, nosotros de solicitar la contribución de los medios españoles. Al objeto de que precisáramos nuestras ideas y de procurarles a usted material para convencer a sus amistades, nos pidió usted que cada uno de los tres iniciadores, pusiéramos, para leerseles, nuestros puntos de vista por escrito. Lo

hicimos así. En el archivo de *Cuadernos* obra el escrito de Bernardo en que se refiere a la conveniencia de estimular el nacimiento de un nuevo humanismo mediante la publicación de una revista que recogiera los esfuerzos mexicanos y españoles: el de León, poemático, en que propone que esa revista no se llame *España Peregrina* sino *Hombre Peregrino*; y el mío, algo más extenso, en el que figuran algunas de las ideas que antes de *Cuadernos*, durante *Cuadernos* y después de *Cuadernos* me trotaban y siguen trotando por la cabeza. Al tratar de la composición de la Junta de Gobierno de la revista proyectada se pensó —no logro precisar si fue usted o yo quien propuso la idea— que estuviera constituida por tantos miembros mexicanos como españoles más un mexicano. Cuatro y cinco, pensábamos en un principio que fueran, y los cuatro españoles de la Junta de Cultura Española, naturalmente: además de los dos presentes, don Manuel Márquez y don Agustín Millares. Más tarde — en agosto— se decidió aumentar el número a cinco y seis y, para ampliar un poco el cuadro, propuso usted que el español fuera don Pedro Bosch Gimpera, llegado no hacía mucho a México, cosa que nos pareció excelente. En nuestras conversaciones a cuatro en las que —fuerza me es decirlo— siempre que no se tratara de asuntos económicos me tocó llevar la voz cantante, seguía firme mientras tanto la doble dirección de Ortiz de Montellano y de Larrea, al tiempo que se iban perfilando los caracteres distintivos de la publicación.

A mediados de junio, nos reunimos por fin en la Escuela de Economía un grupo de mexicanos y españoles —éstos de la Junta de Cultura— más el Dr. Puche, si no recuerdo mal, con objeto de formalizar el proyecto de creación de la revista.

Comprendí también que los conceptos de Ortiz de Montellano, no bastante dinámicos, acabarían por crear conflictos en el seno de la organización. Había que aceptar la realidad tal como era. Por otra parte, convenía en el plano práctico reforzar la posición de usted ante las personas que le iban a surtir de fondos, vincularle a la revista lo más estrechamente a fin de que no perdiera usted el interés, así como impedir que algún intelectual de ideología académica fuera propuesto sin remedio para presidir el grupo mexicano. Fui yo quien sugirió entonces entre nosotros una nueva fórmula directiva que, independientemente de mis personales conveniencias, creo que fue mejor en la práctica de lo que hubiera sido la primera, y bastante feliz en lo que toca a la subsistencia de *Cuadernos*, pues de otro modo es probable que no hubiera alcanzado tan larga vida. Propuse, pues, que fuera usted el director general y Bernardo y yo codirectores literarios adjuntos, redactores jefes, secretarios o como se quisiera llamarnos. La lucha fue larga porque nunca se prestó Ortiz de Montellano a aceptar otro puesto que no fuera el convenido de director mexicano, razón que acabó por distanciarle de *Cuadernos*.

En adelante, las cosas marcharon por caminos lentos pero seguros. El 7 de agosto se decidió el título de la revista y se le nombró a usted director. Nos tocó después estructurarla intrínseca y extrínsecamente. A principios de septiembre se presentó el proyecto definitivo a la Junta de Gobierno, que lo

aceptó sin modificaciones. Se me nombró a mí secretario. Rentamos una oficina en que me constituí a partir de noviembre mañana y tarde y se hizo lo preciso para que el primer número de *Cuadernos* fuera presentado en la cena del 30 de diciembre como una revista de tipo nuevo, original y de grandes pretensiones en el orden de la cultura. Nada quita que hubiera yo fracasado en mi intento de publicar un último número de *España Peregrina* para remitir a sus lectores a *Cuadernos*: éstos eran la legítima transfiguración de aquélla.

Ahora bien, no creo que nadie pueda discutirme con justicia la maternidad de la criatura, puesto que todos los caracteres de esa su originalidad, tanto los externos como los internos, le llegaron por mi cauce.

Esos caracteres derivan de los siguientes principios:

Comprensión de la cultura como un todo orgánico, vivo y universal, no limitado a los problemas del conocimiento y de la creación artística, ni a las especializaciones fragmentarias, sino llamado, al tomar conciencia de sí mismo, e integrarse en síntesis, a entrar en operación creadora.

Inseparabilidad, por tanto, de los criterios científicos, históricos y artísticos de los problemas llamados políticos y de los sucesos históricos actuales que piden una comprensión dilucidada, objetiva y orgánica, adecuada a aquella razón de conjunto, y que exige del hombre ilustrado una inteligencia no diremos beligerante pero sí dinámica, creadora. Insuficiencia patente de los valores antiguos y urgencia de estimular la creación de otros nuevos y más evolucionados, fomentando en esta dirección el sentido de responsabilidad de los intelectuales de nuestro mundo.

Creencia de que el continente americano está llamado a realizar los aportes de conciencia necesarios para infundir caracteres de mundo nuevo y distinto a ese todo cultural naciente, por ser propio de su destino dar cuerpo, al contacto con la universalidad, a una entidad diferenciada, a un hombre y a una cultura nuevos.

La participación española en ese proceso es elemento esencial porque corresponde a su contenido histórico, a la tendencia innata de su destino y al sentido de los acontecimientos actuales servir de puente entre mundo y mundo. De aquí, que su participación en la empresa sea, no instrumental, sino sustantiva.

Los caracteres que derivan de estos principios son:

- La división de la revista en cuatro secciones, con cuatro nombres poéticos distintos correspondientes a los cuatro grandes horizontes creadores en cuya confluencia está situada. Estructuralmente, representa la unión de cuatro revistas complementarias, acordadas orgánicamente a la consecución de un solo fin.
- La importancia primordial dada, conforme a aquella índole viva, a los problemas del día que deben ser comprendidos, a ser posible, en función de una conciencia creadora universal.
- Una orientación americana por sobre cualquier nacionalismo y sobre el europeísmo, con miras a la universalidad.

— El estudio del pasado a instancia del presente y ambos en función del porvenir, sirviéndose de la arqueología como medio para fundamentar el aspecto continental y americano de la empresa, así como para favorecer su difusión.

— Ilustración gráfica intencionadamente poética con el diseño de reforzar el texto y de estimular el ejercicio de la imaginación creadora.

— Notas bibliográficas como medio para tocar indirectamente y con miras creadoras los problemas complementarios más interesantes dentro de las posibilidades, desentendiéndose de la crítica corriente de libros.

Pues bien, todos estos caracteres, creo que sin excepción —es decir, salvo un título y medio que se deben a Ímaz² de los cuatro de las secciones, y el de la revista adelantado por Alfonso Reyes — fueron aceptados a propuesta mía cuando no puestos en práctica directamente. Recuerdo que la aceptación de alguno de ellos, como el de consagrar una sección a los problemas y sucesos de nuestro tiempo, y el de la ilustración gráfica, requirieron despliegue, uno de tenacidad y el otro de insistencia. Que la arqueología figurara en la revista y a ser posible en casi todos los números, tampoco fue cosa comprendida de inmediato.³ En este aspecto hasta la participación posterior de don Alfonso Caso en la Junta de Gobierno se debió a proposición y gestiones mías ya que las relaciones entre ustedes, por razones que usted me expuso, se conjugaban a la sazón en tiempo frío.

A todo lo cual debe añadirse la publicación de libros complementarios de las secciones, a la que puso usted resistencia algún tiempo.⁴

Y nada se diga de la constitución material, desde el dibujo y disposición de la portada y forros hasta los caracteres del papel y los detalles de impresión más nimios. Me incumbió a mí determinarlo todo.

Y aquí, sin el menor deseo de mortificarle, me creo obligado a decir que, en contraste con su eficacia en resolver los problemas de organización material y obtención de fondos, no recuerdo ninguna aportación suya en aquellos aspectos fuera del carácter bimestral de la revista frente a mi insistencia en que debiera ser mensual. Quizás olvido cosas. Si me las indicara lo reconocería con gusto.

Entiendo que esa "maternidad" que he venido atribuyéndome se encuentra certificada por mi dedicación íntegra, abnegada, sacrificada incondicionalmente a la perfección y el mejor desarrollo de la revista, sin aprovechamiento, afectación y alardes, que suele ser la de las madres hacia sus

² Eugenio Ímaz (San Sebastián, 1905-Veracruz, México, 1950). Uno de los más hondos pensadores del exilio español.

³ Sobre este tema, de importancia capital americanista, Juan Larrea escribió en el número 3 (mayo-junio de 1942) de *Cuadernos Americanos* la nota "Conocimiento de América", justificativa de la inclusión en la revista de la sección Presencia del Pasado por él propuesta.

⁴ Esta iniciativa de Juan Larrea convirtió a *Cuadernos Americanos*, a más de revista, en muy importante empresa editorial.

hijos. No huelga quizá recordar que durante los largos meses que duró la gestación viví económicamente a salto de mata, reservando la plenitud de mis actividades para la revista futura, sin saber siquiera si iba a encontrar en ella algún medio de vida. Y por lo que a esto se refiere, es de creer que el trabajo con que contribuí al nacimiento y aparición de *Cuadernos* valía probablemente algo más que los ciento cincuenta pesos mensuales que —teniendo en cuenta quizá mi condición de padre de familia y mi calidad de Presidente de la Junta de Cultura Española— se me entregaran a partir del otoño y durante varios meses por realizar las siguientes labores: secretaría o codirección, como quiera llamársele; solicitud de colaboración; recepción de visitas; ilustración gráfica sin medio alguno; corrección de originales y pruebas; vigilancia en la imprenta durante veinte o veinticinco días cada dos meses, tarea que durante algún tiempo fue exigente; correspondencia literaria y administrativa; pagos y cobros; contabilidad —rudimentaria, naturalmente—; distribución en México; anuncios, etcétera. Durante no pocos meses me incumbió tocar todos los instrumentos de la orquesta, sin olvidar la escena y, a ratos, el manejo de la batuta. Más tarde, se duplicó mi estipendio y se me descargó la contabilidad. Pero me inclino a creer que no serán pocos los economistas y sociólogos que estimando la cantidad y la calidad del trabajo rendido, piensan que mi contribución económica y personal a la financiación de *Cuadernos* fue bastante importante.

Ante sus amigos materialistas históricos suele usted complacerse en hablar del "milagro" de *Cuadernos* que atribuye usted a la amistad. Sin desconocer la parte que a la amistad puede caberle, ¿no cree usted que, mirado el fenómeno en su conjunto, es ésa una perspectiva incorrecta y que el centro miracular gravita más bien en otra parte, quizás en el entusiasmo "a mil por ciento", al acierto y constante iniciativa que el espíritu del pueblo español sacrificado supo, al remitirse al Nuevo Mundo, infundir a quienes sintieron vocacionalmente la defensa de su causa? ¿No serán los demás elementos complementarios? Y en consecuencia y por ejemplo, ¿no será un poco pueblerina, un tanto distanciada de la realidad, la adulación emitida públicamente en uno de los actos de *Cuadernos* —tan venidos a menos— y sin que se sintiera usted obligado a oponer la rectificación más ligera, que el mérito de la revista correspondía íntegramente a usted, como quien dice, asignándome a mí —la generosidad de los zánganos, hueros como se sabe de nacimiento por más que se precien de escritores, suele ser mucha— el papel de simple y hasta casi enfadoso ayudante en cuanto "infatigable abeja surrealista"?

Independientemente de la Junta de Gobierno que sólo actuaba en ocasiones solemnes y que por lo general se limitaba a dar su visto bueno a los proyectos que le eran sometidos, los asuntos de la marcha de la publicación solían ventilarse en el seno de un pequeño comité de iniciativas constituido por lo regular por usted, León Felipe, Ímaz y yo. Allí se debatían los problemas democrática y amistosamente, con ventaja, claro está, para el modo de ver y de sentir de los tres componentes de la Junta de Cultura Española.

De este modo, sus fuertes instintos de mando, visibles desde un principio y no por mi parte sin sorpresa, pudieron moderarse y ser compatibles con el impulso creador de la revista.

Duró esta situación bastante tiempo. *Cuadernos* funcionó, a mi juicio, correctamente, como un instrumento al servicio de una empresa de creación cultural nueva y ambiciosa, afirmando posiciones neomúndicas y universales que si después no se han sostenido, catastraron el ámbito para el futuro. Se trataba de ir creciendo, de ampliar el campo de operación donde sembrar al voleo toda clase de estímulos.

Cada vez ha sido más fuerte e inconsiderado en usted —error grande— el deseo de sentirse jefe máximo y usufructuario de su destino. Le hablo, ya lo ve usted, con franqueza. Fue error grande porque en cuanto por mi parte vi que el convenio equitativo que tácitamente regía entre nosotros había caducado y que *Cuadernos* había dejado de ser una idea en marcha hacia grandes y humanas cosas a cuyo servicio nos encontrábamos los en ella interesados, cada cual con sus posibilidades, y se desaprovecharon las ocasiones magníficas que ella misma había contribuido a promover, la tensión de mi entusiasmo declinó sin remedio.

Es muy sencillo, dada su forma cuadrículada, seguir llenando las estanterías y las de sus suscriptores con artículos en gran parte de aluvión mejores o menos buenos. Pero ese vegetar sin sentido con prima a la hojarasca, no es lo que hacía de *Cuadernos* una revista singular, ni lo que justifica la pasión de que procede, los esfuerzos que se han hecho...

Le hablo con ruda franqueza, con el derecho que asiste a toda "madre" que se siente responsable del porvenir de su hijo, en un último y quizás heroico intento de hacerle caer a usted en cuenta de bastantes cosas de manera que se evite lo que a mi juicio sería la degradación definitiva de *Cuadernos*. Como ya en otras circunstancias no ha interpretado usted con la debida justeza mis reacciones, me creo obligado a decirle que no guardo ningún resentimiento por haber tenido que dejar esa secretaría que, según cuentan las crónicas refiriéndose a sus propias palabras, deseaba usted absorber hace tiempo, cosa que explica no pocas. Es excelente, desde mí, que la revista pueda manejarse por sí sola, dejándome en libertad para acometer otros problemas más arduos y avanzados. Y en el fondo ¿no ha acabado usted de completar el cuadro a que antes me referí, de la Junta de Cultura Española, llegando dentro de él hasta ocupar mi puesto? Repito que no estoy resentido. La verdad es que me encuentro más libre, más contento y más favorecido por lo que me importa, que nunca. Imagino que el orden poético-creador o si se quiere providencial a que es sensible mi vida, me ha traído adonde debe estar el atajo que conduce a una etapa más efectiva y amplia del proceso neomúndico que ha empezado a abrirse camino en nuestro tiempo. *Cuadernos*, desde ese punto

de vista, es una base que debería seguir siendo útil, incluso en relación con las cosas importantes que me parece deben hacerse aquí aunque no se discernan todavía concretamente. Y esta nueva etapa prolonga, como es natural, la línea de los intereses universales del pueblo español, los de México —no en balde me he mexicanizado hasta recibir el sacramento de la pirámide— y los del Nuevo Mundo.

Estamos estos días entrando, como distraídamente, en el momento agudo de la crisis histórica complejísima, frente al que *Cuadernos* debe asumir la actitud intelectualmente correcta que le corresponde. Los acontecimientos hablan por sí solos.

Tiene usted ocasión ahora de infundir nuevo entusiasmo y de revitalizar *Cuadernos*. Reorganícelos, siempre que se decida a transformarlos en una revista menos ostentosa pero más ágil y eficaz para la lucha presente. Es de temer que la tensión internacional en Corea siga en aumento hasta llegar a su extremo límite. Parece probable que se envenenen las cosas y que durante no corto tiempo nos hallemos al borde de la guerra tremenda. Mi impresión actual sigue siendo la de siempre: creo que se evitará el conflicto generalizado y que la voluntad agresora acabará por perder los colmillos. Lo que no quiere decir que se hayan resuelto todos los problemas. En ese punto es donde empieza realmente la tarea maravillosa.

Y termino, exhausto ya, después de haber cumplido un deber penoso. Ojalá que el resultado de esta carta, cuyos aspectos crueles no se me ocultan, sea la salud de nuestra revista que parecía llamada, así como usted, a ganar la luz esencial, según la expresión de León Felipe.

Con mis mejores deseos personales para usted, es siempre amigo suyo y servidor

Juan Larrea

Los buenos deseos de Juan Larrea para *Cuadernos Americanos* se cumplieron en parte no desdeñable, a pesar de las muchas dificultades, y de toda índole, que con su capacidad y tesón supo vencer Jesús Silva Herzog.

No fue tampoco mínima la aportación a *Cuadernos Americanos* del otro fundador español, León Felipe. Y no sólo en su etapa fundacional, pues aparte de su asidua colaboración literaria y de sus actividades como miembro de la Junta de Gobierno, actuó como el más eficaz promotor de la revista, sobre todo en su gira de dos años por Hispanoamérica (1946-1947). Jamás, en ninguna de las innumerables conferencias y entrevistas radiofónicas y periodísticas celebradas en cada uno de los países que visitó, dejó de referirse a *Cuadernos Americanos*, de una forma u otra, semilla publicitaria continental que tanto benefició a la revista ganando en muchas y nuevas colaboraciones... y suscripciones.

Al conmemorar el cincuentenario de *Cuadernos Americanos* —ahora en manos de Leopoldo Zea y de la Universidad Nacional Autónoma de México— deseemos que continúe su línea ascendente durante por lo menos otro medio siglo en pos de las aspiraciones del fundacional "grupo de intelectuales mexicanos y españoles, resueltos a enfrentarse con los problemas que plantea la continuidad de la cultura".

Y, al finalizar, nos conmueve el recuerdo del reencuentro de Juan Larrea y Jesús Silva Herzog en 1974, con motivo del gran homenaje a León Felipe en México a donde el poeta bilbaíno no había vuelto desde 1949. El emocionado y estrecho abrazo de los dos viejos amigos —al pie del monumento a León Felipe recién inaugurado— reafirmó una amistad que les trascendió y ha de perdurar en la vida de *Cuadernos Americanos*, los que, estamos seguros, seguirán siendo —entre tantas otras cosas esenciales y universales— tribuna de la amistad hispano-mexicana e hispano-americana.



De izquierda a derecha, en el primer plano, Juan Larrea y León Felipe; en el fondo Leopoldo Zea, actual director de *Cuadernos Americanos*, José Medina Echavarría y Eugenio Ímaz, México, 1942.